

GLOBALIZACIÓN Y TERROR

Joachim Hirsch

La promoción del terrorismo a la categoría de enemigo mundial número uno tiene relación con la llamada globalización y los cambios en la estructura del sistema de Estados. La globalización neoliberal se debe entender como una estrategia cuyo objetivo era superar la crisis de los años setenta, destruyendo las estructuras políticas del Estado de bienestar keynesiano y cambiando así las relaciones de producción y distribución radicalmente a favor del capital. Los Estados Unidos llegaron a ser un actor político decisivo en este proceso de transformación; en parte porque el Estado de bienestar corporativista tradicionalmente fue allí menos desarrollado y el liberalismo del mercado tenía más influencia ideológica; pero también porque ese país, por su fuerza económica y militar es el espacio privilegiado del capital transnacional, sobre todo para las industrias de información, comunicación y biotecnología que se han convertido en las nuevas ramas claves de la economía. La globalización neoliberal exitosa implicó al mismo tiempo el restablecimiento de la dominación estadounidense que había sido cuestionada en los años sesenta y setenta. Eso significó un debilitamiento considerable de los otros centros de la "triada" capitalista —Japón y Europa Occidental. El colapso de la Unión Soviética, que también se tiene que entender como consecuencia de este proceso de reestructuración económica y política global, selló el fin del orden internacional de Westfalia (establecido con la paz de Münster y Osnabrück después de la Guerra de Treinta Años) que moldeó el sistema moderno de Estados, incluso en los siglos XIX y XX. El equilibrio relativo de fuerzas entre Esta-

dos y grupos de éstos compitiendo entre sí —que aseguraba cierta soberanía interna para los Estados individuales y era la base esencial de su “monopolio de la violencia”— ya no existe.

El “nuevo orden mundial”, proclamado por el presidente Bush I no casualmente en ocasión de la Segunda Guerra del Golfo a principios de los años noventa, está caracterizado por el predominio económico y militar casi total de los Estados Unidos. Esto significa que en la práctica ya no es posible hacer una guerra en el sentido convencional contra ese país —y esencialmente sin su tolerancia o apoyo. En cierto sentido, el viejo orden estatal ha sido reemplazado por un nuevo “imperio” casi mundial, dominado económica y militarmente por los Estados Unidos de América en cooperación con los otros centros de la triada capitalista, que ocupan una posición subordinada. Esta estructura de poder define —en parte por medio de las organizaciones internacionales correspondientes, como el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial de Comercio— las reglas económicas decisivas y asume por sí el derecho de intervenir militarmente en cualquier parte del mundo. En contraste con la tesis de Negri y Hardt, la existencia de este “imperio” no significa, de ninguna manera, un debilitamiento fundamental o incluso la disolución de los Estados nacionales, y tampoco se establece una red político/económica difusa sin centros de poder definibles. El tejido complejo de Estados compitiendo y cooperando entre sí determina todavía los procesos políticos porque el capital transnacional dominante se apoya esencialmente en el sistema de Estados existente y en las diferencias económico/sociales producidas por ellos, aun si enfrenta de forma más independiente los Estados individuales y puede escoger su ubicación de manera más flexible. La internacionalización y transnacionalización avanzada del capital presupone y, al mismo tiempo, consolida la posición dominante de los Estados Unidos. El sistema de Estados individuales compitiendo entre sí es y sigue siendo una característica estructural de las relaciones capitalistas de producción; es una condición esencial para la regulación de las relaciones antagónicas de clase y condición de un proceso de valorización capitalista que depende de la explotación de “ubicaciones” político/sociales diferentes.

Sin embargo, el sistema estatal está caracterizado ahora por relacio-

nes de dominación y de dependencia totalmente nuevas. Prácticamente, después del colapso de la Unión Soviética, el mundo se divide en un grupo de “Estados fuertes” (la triada capitalista) compitiendo y cooperando entre sí, por un lado, y por el otro, los Estados “débiles” relegados a la periferia económica y política. La relación Norte–Sur ha adquirido así un significado completamente nuevo como eje de conflicto. Después del colapso del segundo, ya no existe ni el Tercer Mundo, sino solamente centro y periferia.

Una característica decisiva del capitalismo posfordista es el hecho de que, aunque los Estados Unidos han logrado establecer una posición de dominación económica y militar sin precedente, dicha posición no se ha vuelto el fundamento de un nuevo orden hegemónico, como hasta cierto punto era el caso en la época del fordismo. Detrás de esto se encuentra una contradicción fundamental del proyecto neoliberal: la política de desregulación y globalización, con la cual ese país pudo restablecer su dominación económica, significó al mismo tiempo, prescindir de la articulación política e integración social de la sociedad. Apostó sobre la eficacia del mecanismo del mercado capitalista, con la idea de que las consecuencias conflictivas económicas y sociales se pueden manejar con violencia en el caso de ser necesario.

Los Estados Unidos de América dominan el mundo con medios económicos (la estrategia de desregulación impuesta en todo el orbe) y militares. Bajo su liderazgo, la OTAN se ha vuelto un instrumento de intervención global, que opera fuera de las Naciones Unidas y del derecho internacional tradicional, en el cual, a pesar de los conflictos permanentes, se expresan los intereses comunes de los centros capitalistas dominantes en el mantenimiento de su predominio económico y político. El resultado es una desorganización en distintos niveles del mundo, que se expresa en el crecimiento de disparidades económico/sociales en los planos nacional e internacional, la marginalización de regiones enteras, la fragmentación y colapso de Estados con conflictos de guerra civil. La ola creciente de racismo, nacionalismo y “fundamentalismo” es una consecuencia de esto. El “nuevo orden mundial” es en realidad un “desorden mundial” cada vez más fuerte.

Por consiguiente, se vuelve imposible asegurar una perspectiva de existencia y desarrollo material y político a un mundo que está globalizado económicamente y controlado político/militarmente por un centro. Para eso sería necesario que los Estados dominantes hicieran concesiones materiales y políticas y aceptaran regulaciones económico/sociales cooperativas e internacionales, e impusieran éstas en contra de los intereses capitalistas dominantes —como hasta cierto punto, era el caso en los tiempos de la Guerra Fría, bajo la presión de la competencia entre los sistemas. Si entonces se trataba de “desarrollo”, de “ponerse al corriente”, de “igualdad de las condiciones de vida” etc., ahora el poder dominante proclama simplemente el principio de *America first*. Una política que tenga como meta una formación relativamente igualitaria de las relaciones sociales, que considere los intereses de diferentes grupos y regiones, que no los excluya sino los integre. Una política de este tipo no se deja ver ni en el plano nacional ni en el internacional. De hecho, la política dominante busca exactamente lo opuesto. Los “Estados nacionales de competencia” del centro, sobre todo los Estados Unidos de Norteamérica, persiguen esencialmente los intereses económicos a corto plazo de las fracciones relevantes del capital internacional y se limitan, por lo demás, a asegurar su predominancia militar a través de la expansión constante de sus armamentos. El liderazgo político en un mundo desorganizado económica, social y políticamente está reemplazado por el mando de lo económico y la violencia. La clase política dominante —no sólo en los Estados Unidos— parece no estar consciente de lo que realmente requiere políticamente el “nuevo orden mundial” tan proclamado. Lo catastrófico de la situación actual es que el orden estatal de Westfalia ha colapsado —por el momento al menos— pero los Estados dominantes, dirigidos por los Estados Unidos, no han ni empezado a darse cuenta de lo que esto significa, y siguen limitándose a una política de intervención y de cañoneo que recuerda el siglo XIX. En lugar de especular sobre un imperio compuesto por redes político/económicas difusas, es mejor hablar de una reestructuración fundamental de las relaciones imperialistas de dominación, en las cuales los Estados competitivos tienen un papel decisivo como aparatos de fuerza.

Sobre los motivos reales y el trasfondo de los atentados en Washing-

ton y Nueva York sólo se puede especular por el momento –dejando a un lado la figura de Bin Laden, esta construcción de los aparatos de propaganda y los medios. Lo único claro es que los atentados contribuyen a fortalecer el apoyo político y legitimatorio del “orden mundial” producido por los Estados dominantes, y a los conflictos y repudios asociados con él, sobre todo en la periferia capitalista. El fundamentalismo terrorista “islámico” y el fundamentalismo occidental (armado hasta los dientes) que erige el estilo de vida de los centros capitalistas se confirman y fortalecen mutuamente. La división del mundo en “buenos” y “malos” por parte de los Estados Unidos cabe perfectamente en este discurso fundamentalista. En dicha lógica, como es obvio, la categoría “malos” implica a todos los Estados no subordinados incondicionalmente a la política norteamericana. Después de los asaltos, los políticos y los medios empezaron muy pronto a hablar de una “guerra civil mundial”. El objetivo es renovar la legitimación de la aplicación universal de la fuerza y la proclamación de un Estado de excepción permanente. Al mismo tiempo contiene un núcleo de verdad, aun si es necesario tener presente que no hay guerra civil sin la existencia de aparatos estatales de dominación y opresión. La fragmentación del mundo, el debilitamiento, el declive, la dependencia y la falta de espacio de maniobra de los Estados, la ausencia de perspectiva económica y política de regiones grandes del mundo, por un lado, y el predominio militar absoluto de los Estados Unidos y la OTAN, por el otro, producen necesariamente formas terroristas de fuerza y aseguran su legitimación al mismo tiempo. El hecho de que la aplicación de fuerza se aleja cada vez más de toda regulación o limitación –es decir que toma formas realmente terroristas– fue demostrado hace mucho por la OTAN con sus acciones de guerra contrarias al derecho internacional y a los ojos de muchos puede justificar cualquier forma de terrorismo. Mientras, los Estados Unidos impulsan el armamento del mundo y se desarrollan sistemas de armas cada vez más sofisticados, la fuerza regresa a sus formas más simples y brutales. La imagen de las operaciones militares “clínicas” y de las guerras “limpias” se ha convertido en una ilusión.

Ahora estamos viviendo las consecuencias de lo que se puede llamar, en un sentido específico, un (des)orden internacional no hegemónico. Su

lógica consiste en una escalada constante de la violencia. El pensamiento neoliberal, según el cual las sociedades, los Estados y el sistema político internacional se dejan estabilizar a través de una combinación del funcionamiento libre del mercado y la fuerza estatal, se ha vuelto la ideología dominante y está firmemente anclado en la cabeza de la gente de una gran parte del espectro político, pero fracasa en todas sus promesas. De hecho, los atentados de Nueva York y Washington podrían significar el fin precoz del capitalismo neoliberal posfordista y así de la segunda “época norteamericana” posterior a la era fordista de la posguerra. En cierto sentido se parece a la situación después de la derrota estadounidense en Vietnam, que fue un elemento esencial que socavó la hegemonía norteamericana de la posguerra y, por lo tanto, de la crisis del fordismo. Nos preguntamos: ¿qué sigue?, ¿una fase larga de violencia y anarquía —ya proclamada abiertamente por los políticos estadounidenses— o la creación de un orden mundial “nuevo” relativamente estable? Si realmente hoy existe un “imperio” bajo la dominación de los Estados Unidos con los “Estados fuertes” aliados, entonces se necesita una “política doméstica mundial” (económica, social y cultural) democrática, si se quiere evitar una catástrofe global. Ella sería totalmente diferente, sin embargo, de lo que hacen Schilly (el secretario de Gobernación alemán) y sus socios, los ingenieros de seguridad y luchadores contra el terrorismo de todo tipo. Pero la situación es contradictoria; el capital transnacional tiene un interés decisivo en la ejecución de la política neoliberal de globalización, pero al largo plazo difícilmente pueda beneficiarse de una “guerra civil mundial” que desborda y de una inestabilidad política prolongada. Probablemente, esta circunstancia ha contribuido en alejar, por lo menos un poco, al gobierno estadounidense de su actitud original de *cowboy*. Algunos Estados europeos, enfatizan la necesidad de soluciones políticas, no porque perciban esa urgencia, sino para conservar cierto espacio político y económico. Consideraciones sobre lo que podría significar en la práctica un “nuevo orden mundial” casi no se encuentran.

Hoy es más urgente que nunca enfrentar la globalización dominante con otra; con una globalización alternativa que plantee las necesidades prácticas de un orden mundial racional y se comprometa por una “política

mundial doméstica” que empiece a seguir los principios humanitarios, sociales y democráticos que los sirvientes ideológicos de la estructura dominante de poder subrayan con más fuerza mientras menos son aplicados. De los Estados existentes y de los gobiernos y partidos que los sostienen no se esperan avances en esta dirección. Si algo va a cambiar, sólo será resultado de una presión masiva de movimientos sociales que se plantean una nueva situación mundial más allá del marco de los Estados nacionales. Se necesita una nueva política más allá del Estado. Los eventos de Seattle, Praga o Génova, con todas las dificultades y contradicciones que contienen, señalan la formación de este tipo de movimiento internacional. Su tarea es complicada porque consiste en formular propuestas para una reestructuración radical del orden económico, social y político, de imponerlas en contra de los Estados y, al mismo tiempo, de trabajar en las prácticas sociales y relaciones vitales que son la base de las relaciones dominantes. Se trata, por lo tanto, de la constitución de un nuevo movimiento político y social/revolucionario internacional. Sin embargo, se deja prever desde ahora que estos movimientos incipientes se vuelvan el objetivo real de la “lucha contra el terror”.

El primer ministro italiano Berlusconi, quien pone al movimiento de los “críticos de la globalización” en el mismo saco con los ejecutores de los atentados en Washington y Nueva York, da expresión a lo que los otros ya piensan y hacen. Con el apoyo amigable de la “sociedad civil” dominante, la construcción de un Estado autoritario de vigilancia y fisgoneo que abandona principios democráticos y derechos básicos avanza más rápido que nunca. La falta de ley y de derecho que caracteriza el nuevo “orden mundial” se reproduce dentro de los Estados que se proclaman “civilizados” y “democráticos”. La “civilización occidental” que supuestamente se defiende, muestra una cara que no es agradable. Contra los que realizan atentados, del tinte que sean, esto va a servir poco, pero sí servirá para la represión de movimientos democráticos y sociales. Son tiempos duros, entonces, que requieren cálculo sobrio, comprensión política, un instinto seguro y en especial, compromiso práctico. En todo caso, la “civilización” del capitalismo, como demuestran los eventos recientes una vez más, es finalmente una ilusión.